



CAPÍTULO X

La Armenia (War-ar-ad ó Haiasdan).—Orígenes.—Dinastía haigiana.—Conquista y establecimiento de Semiramis.—Dominación asiria.—Religion, costumbres, gobierno.

«Y acordándose Dios de Noé y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca, hizo venir viento sobre la tierra, y se disminuyeron las aguas.... y se retiraron las aguas de la tierra yendo y volviendo; y comenzaron á menguar despues de ciento y cincuenta dias, y reposó el arca el mes sétimo, el dia veintisiete del mes, sobre los montes de Armenia (1).»

Esta montaña, así llamada desde los primeros dias del mundo, y sobre la cual el reparador del género humano ofreció su primer sacrificio despues de su milagrosa conservacion; esta montaña, donde segun la tradicion, se veian aún, pocos siglos hace, los despojos conservados del divino barco, habia estado en el trascurso de las edades rodeada como de un prestigio de majestad y de terror, que los más valientes no se atrevian á arrostrar. Contábase al viajero, que el monje Jaime, lanzado por su temeraria curiosidad, habia ensayado vanamente, en tiempos de San Gregorio el Iluminador (2), pisar las inaccesibles cimas de la montaña; dos veces se habia adormecido lleno de cansancio por una larga ascension, y dos veces se habia visto trasportado por un poder sobrenatural al lugar de donde habia partido. La gloria de franquear el paso de aquellas barreras de nieve y hielo, estaba reservada á nuestro siglo (3). En 1830, despues de muchos dias de marcha y de increíbles fatigas, despues de haber subido 15.138 piés sobre el nivel del mar,

(1) Gén., c. VIII, 1-4.

(2) Primer patriarca de la Armenia.

(3) Eugenio Boré, la Armenia, en el *Universo pintoresco*. A esta interesante obra debemos la mayor parte de los detalles.

el profesor Parrot plantó sobre los hielos conquistados la señal triunfante de la redencion del género humano (1), en aquel mismo lugar por donde el segundo padre de la humana descendencia habia pasado, llevando el testimonio de la alianza con el Señor y la esperanza del Salvador del mundo.

Parrot continuó su ascension, y el 27 de Setiembre habia ya alcanzado el punto culminante de la montaña Ararat; estaba sobre una plataforma de 200 pasos de diámetro; allí, segun se cree, es donde reposó el arca santa (2). Desde aquella elevacion alcanzaba la vista un prodigioso horizonte.

Trasportémonos con el pensamiento á aquel dia solemne en que la misericordia de Dios hizo renacer la naturaleza; sin duda en presencia del inmenso cuadro que á su vista se presentaba, el venerable patriarca, cuando extendió la mano para bendecir al globo que su posteridad debia poblar, pudo creer que su mirada tocaba á las extremidades de la tierra. Habiendo, pues, ofrecido sacrificios al Señor y oido la promesa divina de conservacion de la especie humana, Noé descendió á los valles y ganó las llanuras del Senaar, primer asilo de las nacientes tribus y primer testimonio de su orgullo y decepcion.

Despues de la separacion, y entre las familias que habian quedado al pié de la torre de

(1) Esta cruz monumental lleva una inscripcion que proclama el poder de Nicolás Paulowitch, emperador de todas las Rusias, y la victoria conseguida en 1826 por el general Paschewitch.

(2) El viajero hace observar que este espacio es más que suficiente para que el arca, que tenia 300 codos de larga por 50 de ancha, pudiese detenerse.

Babel, el soberbio jefe, el intrépido Nemrod, intentó establecer su nueva dominacion; algunos anzianos no quisieron doblar su cerviz ante el tirano; pensaron huir antes que sufrir su yugo: de este número fueron el nieto de Jafet, el hijo de Thorgom, el bueno y poderoso Haig. Entonces tomó á su mujer, y á sus hijas, y á sus hijos, y á sus esclavos, y á sus ganados, y pasando el rio (2707 años antes de Jesucristo), fué á fijar su tienda en los valles vecinos del monte Ararat. No hacia más que volver á los lugares consagrados por el paso de sus padres. Pero el Belo de Caldea vió con pena esta marcha, y «Nemrod seguia á Haig con sus soldados, hombres hábiles para tirar con el arco y manejar la espada y la lanza. Encontráronse en un grande y dilatado valle, semejantes á dos torrentes furiosos que se precipitan con violencia. Tambien su combate produjo en todas las almas un terror y espanto profundos. Pero del largo arco de nuestro Haig parte una flecha de hierro triangular que traspasa la coraza de acero de Nemrod, ya que no su espalda, y va despues á clavarse en la tierra. Habiendo Haig dado muerte á Belo, reinó sobre el país que le habian legado sus padres, y de su mismo nombre tomó el de Haig ó Haiasdan. Ocupóse en arreglar sus estados, y despues de haber vivido aún algunos años, murió, pasando su reino á su hijo Armenag (1). En honor de este primer fundador de la nacion, llamáronse los armenios haicks, y por él mismo llamaron tambien á su país Haiasdan. «Despues Armenag, pacífico poseedor de la Armenia, fijó su residencia en una llanura de aspecto agradable, rodeada de una muralla de altas montañas de nevadas cimas, y que estaba regada por rios, cuyas ruidosas aguas la cortaban para irse á filtrar en las tierras, atravesándola en toda su extension. Habiendo despues edificado una ciudad cerca de la montaña situada al N., la llamó de su nombre Arakad, y tuvo por hijo á Armais; y despues de haber vivido algunos años, mu-

(1) Estos datos están tomados de Mar-Abbas-Catina, citado en Juan VI. *Historia de Armenia*, manuscrito de la Biblioteca real, traducido por E. Boré, *ob. cit.*

rió (1).» Vienen despues Amasia y Kegham, que están representados como pacíficos y poderosos, ocupándose principalmente en las fundaciones de la ciudad y en construcciones de utilidad y de magnificencia. Aram fué el nieto de Kegham (hácia el año 2300), y su reinado belicoso constituye la gloria de los haicks en los remotos tiempos; no contento con someter los países cercanos, cuya reduccion era fácil, atacó y sometió por la fuerza de sus armas la rica provincia de la Capadocia.

Con el hijo de Aram, la historia primitiva de este pueblo va á complicarse; es la época de la gran Semiramis, es el tiempo de la conquista caldea. Hé aquí cómo los armenios han disimulado, ó si se quiere, comentado su sumision. Ara gobernaba como dueño el país de sus mayores, cuando la reina de Asiria, habiendo oido hablar de su belleza sobrehumana, apoderóse de ella un violento amor hácia él. Nino habia muerto; Semiramis hubiera querido compartir con Ara el resplandor de su diadema; con magníficos mensajes, presentes dignos de la señora de Oriente, Ara rehusa ceder á la pasion de Semiramis. Este desprecio irrita á la asiriana; el miedo logrará lo que el amor no ha podido conseguir; entonces, á la cabeza de su numeroso ejército, penetra ella en Armenia y alcanza al rey en las llanuras del Ararat. El desgraciado príncipe es derrotado: él mismo, á pesar de las órdenes de su enemiga, sucumbe bajo los golpes de uno de los príncipes asirios. Victoriosa Semiramis, hace buscar por todas partes en el campo de batalla el cuerpo del rey, y encuéntranle desfigurado y sepultado bajo un monton de cadáveres. En su desesperacion, la asiriana ruega á los magos y á los encantadores la resurreccion del jóven príncipe. Despues, como las tropas de la Armenia, queriendo vengar la muerte de Ara, hubiesen venido de nuevo á atacar á los caldeos, la reina se presentó á los combatientes y les dijo: «He pedido á los dioses curen las heridas de Ara, y que le resuciten.» Pero las evocaciones de la reina y de sus adivinos

(1) Juan VI, *ob. cit.*



no pudieron devolver la vida al cadáver, y cuando sobrevino la putrefacción le hizo ocultar en una grande fosa, y teniendo en secreto á uno de sus favoritos vestido como Ara, hizo correr el rumor de que los «dioses habían curado las heridas de Ara, le habían resucitado y ha llenado el colmo de sus deseos, por cuya razón merecían que en lo sucesivo recibieran los más grandes honores, puesto que se habían mostrado tan propicios á sus votos.» Levantó una estatua á los dioses, ante la cual inmoló numerosas víctimas. Tratando de que diesen fe á esta fábula las gentes del pueblo, pudo lograr cesar la guerra.

Pero la faltó asegurar esta nueva conquista, que quería colocar como guardia avanzado contra las terribles poblaciones de los escitas y hordas del mar Caspio. Sea lo que quiera del recuerdo de Ara y del amor de la reina, que no diese oídos más que á su capricho, ó que obedeciera á sus miras políticas, no dejó de perpetuarlo la Armenia con prodigiosas construcciones, que el viajero moderno reconoce con asombro y admiración.

Después de haber descansado algunos días en las llanuras de Ararat, Semiramis avanzó hácia una región montuosa situada al Norte (era la estación del verano) para recrearse en aquellas risueñas campiñas y floridos campos. La belleza del país, la pureza del aire, la claridad de las aguas y el murmullo de los ríos, majestuosos en su curso, impresionaron su vista.

«Es necesario, dijo ella, edificar una ciudad y construir un palacio en este lugar, donde el aire, el agua y la tierra son tan saludables, á fin de pasar agradablemente en Armenia la cuarta parte del año (el verano), y permanecer en Nínive durante las otras tres estaciones más frías.» Sabemos ya lo que significan estas palabras en boca de Semiramis. Veamos cómo va á realizar su proyecto. «Habiendo fijado su elección en dos encantadores lugares, Semiramis hizo venir bien pronto al lugar que más la gustaba, veintidos mil operarios de la Asiria y de otras partes de sus estados, y además seiscientos de sus más hábiles obreros, ejercitados en trabajos de madera y de piedra,

acero y hierro; todo lo cual fué ejecutado según sus órdenes (1).»

Tal como hemos visto á Semiramis en Babilonia, así la veremos también aquí. Nada la arredra; no conoce las dificultades; parece como que se divierte en sujetar á la naturaleza. A su voz van á levantarse las maravillosas obras, cuya relación parecería fabulosa, si no existieran y si no nos dieran aún en nuestros días un irrecusable testimonio.

Desde luego que ha de colocar un dique en el río que sirva para contener las aguas; enormes trozos de piedra, cimentados con cal y arena, se extenderán á lo largo de muchas «para-sangas» (leguas), y su unión será tan perfecta, «que podría muy bien creerse que estaban formando un mismo cuerpo, y que ninguna fuerza podría desprender el más insignificante pedazo.»

El trabajo se hará por servicios personales; el ejército de operarios fué dividido en varios cuerpos, cada uno según su arte ú oficio; las compañías alternaban con las compañías; todos concurrían á una pronta y completa ejecución. La misma reina suspende los placeres y conquistas; ella dirige los trabajos, y de esta suerte, en pocos años, el dique fué terminado con sus indestructibles muros y puertas de acero. A su lado, y á un mismo tiempo, fueron levantando la ciudad.

«En medio de esta, hizo construir una buena porción de casas, cuyas piedras eran de diferentes colores, de dos y tres pisos, todas ellas convenientemente expuestas al sol. Dividió los diferentes barrios de la ciudad en un cierto número de calles espaciosas y regulares, y en ellas hizo suntuosos baños. Un brazo de río fué conducido á la ciudad y distribuidas sus aguas para las diferentes necesidades de sus habitantes y para el riego de los vergeles y jardines. Todos los lugares expuestos al Norte, Sur y Oeste, fueron embellecidos con castillos y con muy variados árboles frutales. Plantó la vid en muchas fértiles comarcas, y cuando la ciudad se vió rodeada de una notable mu-

(1) Moisés de Khoren, Historia de Armenia, I, 15.



ralla por su estructura, hizo habitar en ella una colonia numerosa de hombres.»

Después de la ciudad, el palacio; después de los edificios particulares, la morada real. A la manera de un gran nido de águila, el castillo será colocado en la cima de la montaña. En esta roca dura como el acero, apenas se puede trazar una línea: Semiramis practicó en ella numerosos aposentos, magníficos departamentos, donde debían depositarse los tesoros de la corona. Grandes subterráneos escalonan las rocas, y á través de los pasos oscuros, las escaleras sin cuento, entre murallas cubiertas de inscripciones desconocidas, conducen hasta el llano que corona la montaña, y donde existían los terraplenes y jardines colgantes, los pórticos y los edificios de palacio.»

Al leer estas páginas de los antiguos historiadores, podría creerse tal vez que estábamos en la ilusión de oír la descripción de aquellos encantadores trabajos que la varilla de una hada ó la imaginación oriental podían solamente construir. Y sin embargo, este modo de desplegar magnificencia, está atestiguado por lo que subsiste actualmente, sea ó no debido á Semiramis. No era bastante para la gran reina el traspasar de parte á parte las más duras rocas, y tallar bóvedas y galerías en sus vastos flancos. Faltaba todavía alguna cosa más grandiosa que permitiera á la dominadora del Oriente inscribir sobre su tumba: «Yo hice lo que nadie ha hecho ni hará jamás;» la es necesario edificar una montaña, para que desde las ventanas de su sala de baño, construida en frente del palacio, pueda abarcar con su vista una más vasta extensión de tierra y de cielo. Y entonces, masas enormes serán puestas en movimiento; inmensas fuerzas las servirán de unión, se irán sobreponiendo hasta cubrir el espacio de una hora de camino, y hasta alcanzar una altura increíble. Es una obra gigantesca, capaz de hacer creer en el hacinamiento de Osa sobre Pelion.

Se ve uno en verdad tentado á rechazar esta relación como absurda, pero no es posible negarla en absoluto.

La montaña de la reina de Asiria, ha sido reconocida y descrita en 1827 por un viajero á

las órdenes del gobierno francés (1); los trozos de piedra han sido dibujados y reproducidos; las inscripciones copiadas por completo: todos los planos, todos los dibujos han venido á producir grande admiración en Europa. Y por otra parte, el recuerdo de la gran princesa está profundamente impreso en aquellas apartadas comarcas, porque el kurda salvaje responde todavía, mostrando uno de los ríos que atraviesan la ciudad antigua de Van: «Es el torrente de Semiramis.»

La ciudad es la antigua Schamiramijerd, la «ciudad de Semiramis (2).» Ella se eleva, en efecto, cerca del lago de Van, como una grande montaña, y está situada en una posición admirable. Sus gigantescos restos recuerdan las más antiguas construcciones de Babilonia. Todo el país está lleno de recuerdos primitivos de la Caldea y de Asiria; una cordillera de montañas al NO. de Van, se llaman aún montes de Nimrud. Entrando por las escaleras talladas en la roca, se penetra con sorpresa en aquellas cámaras (3), cuyas entradas están cubier-

(1) M. Schultz, que fué asesinado á su vuelta por los kurdas. Había tenido la feliz inspiración de dirigir sus pliegos á la embajada de Francia y á Constantinopla; de suerte que estos preciosos descubrimientos no llegaron á perderse.

(2) M. Layard (*Nineveh and Babylon*), ha recorrido recientemente las ruinas.

(3) M. Layard hace la descripción de varias de estas cámaras: «Una serie de veinte escalones estrechos, cortados á pico en la roca, y en parte arruinados, da entrada á un estrecho terraplen, por encima del cual la roca ha sido cuidadosamente aplanada; la roca está cubierta de inscripciones cuneiformes. Un paso de cerca de siete pies de profundidad da entrada á una sala de treinta y cuatro pies y medio de largo y doce de alta, y conduce por cuatro corredores á cuatro distintas habitaciones. Al rededor de las paredes hay falsas ventanas, y entre ellas, sobre cada uno de sus lados, nichos que sirven de adorno, con agujeros en su centro, que debieron servir para colgar lámparas de metal. A estas escavaciones las llaman los turcos «cueva de Khor-khor....» Las inscripciones que figuran al rededor de la entrada exterior de estas cámaras, se componen de ocho columnas paralelas, que contienen trescientas pilas, divididas en treinta secciones. Hay otras inscripciones sobre la fachada septentrional de la roca, y también profundas escavaciones; una de ellas se llama «Khasana-Kapusi,» «la puerta del Tesoro.» Se la considera como un lugar sagrado para los cristianos y



tas de inscripciones cuneiformes. De estas inscripciones, varias son probablemente contemporáneas de los más antiguos monumentos de Babilonia. Los títulos reales son exactamente los mismos que aquellos con que están adornados los monarcas primitivos de Asiria, excepto el nombre de «rey de Nahiri (1),» título notable que se aplica sin duda á la Mesopotamia, esa *Aram Naharaim*, ó Siria de los ríos, como habla la Escritura; esta tierra de *Naharina*, como dicen los jeroglíficos del Egipto. Todo ello no son más que relaciones de victorias y conquistas, ó bien sacrificios y súplicas. Los reyes están invocando á sus dioses, celebran la extensión de su dominación, describen el número de ciudades, de templos y de palacios que ellos destruyeron, y los cautivos que cayeron en su poder en el período de sus triunfos. ¿A qué tiempo debemos referir estas inscripciones? Las inmensas obras cuyos son los restos, los grandes acontecimientos militares que concurren, se remontan á Semiramis? La misma Semiramis, ¿no es, como se pretende, el símbolo y el mito del poderío asirio, ó es que una dinastía armenia habría por sí sola tenido bastante vigor para crear el imperio del Asia Septentrional? No se sabe, y el estado actual de los estudios históricos no permite resolver estos problemas (2).

Sea lo que quiera, cuando la gran reina pasó y volvió á su ciudad del Eufrates, la familia de Haig siguió gobernando el reino. Pero este reino no fué más que una satrapía del imperio de Babilonia, que sufrió todas las variaciones, hasta que en tiempo de la rebelión de Warbag de Media (Arbaces), Baroir (748), se aprovechó

turcos. Según la tradición, se hallaba por debajo una puerta custodiada por genios, armados con espadas de fuego, y defendiendo la entrada de una grande sala, llena de tesoros de todas especies. En un lugar cercano se encuentran también numerosas escavaciones y largas inscripciones. M. Layard distingue dos épocas en estas inscripciones, una que sería contemporánea de los más antiguos monumentos de la Asiria, y la otra más moderna, y que se referiría á la dominación persa.

(1) Es la observación de M. Layard, *op. cit.*

(2) Según M. Layard, y según otras probabilidades, debemos referir al noveno y octavo siglo antes de Jesucristo la dinastía cuyos nombres parecen haber sido leídos sobre varias inscripciones.

de la caída del imperio para dar á su país su primera independencia.

Por espacio de diez siglos, la Historia apenas nos da á conocer los nombres de los príncipes que bajo el cetro de la Asiria gobernaron los pueblos de Haiasdan. Quizá al rededor del carro triunfal del egipcio Sesostris, descubriríamos el tipo enlazado de este pueblo; tal vez los anales del conquistador nos trazarian su nombre entre los nombres de los vencidos. Pero el silencio de la nación parece atestiguar su decadencia; quiere mejor enmudecer que contar sus derrotas y celebrar sus dominadores.

Si la conquista asiria estuvo profundamente grabada en el suelo de la Armenia, también dejó funestas señales de sus costumbres, y especialmente en la religión de los vencidos. Parecía que esta tierra, santificada por la venida y bendición del patriarca, fué especialmente favorecida por la Providencia, y siempre el Señor se apiadó de ella sobre todas las demás. El pueblo de Haig conservó por más largo tiempo que sus vecinos las puras nociones de la creencia primitiva; antes que ningún otro abrió los ojos á la luz de lo alto, y el primer monarca que ha de creer en el Hijo de Dios, será el rey de Armenia (1).

Ya había muchos años que el sacerdote de la Caldea doblaba la rodilla delante de los aítas. Había también muchos años que los reyes de Babilonia, trasportados por el temor de los pueblos á las regiones celestiales, en calidad de dioses, veían sus estatuas de oro recibir el incienso y las adoraciones de la muchedumbre; los hijos de Thorgom, fieles al culto de sus padres, ofrecían aún sobre los elevados espacios la hostia ensangrentada, reparación imperfecta de la primitiva caída, y esperaban en la paz de la justicia al Redentor Supremo, Rey y pontífice; el padre de familia ofrecía sacrificios al Todopoderoso y juzgaba las diferencias de sus hijos. Y si hacía el tiempo de la conquista asiria el rey *Anuschavan* inmolaba víctimas bajo

(1) Véase en la marcha de la Historia, Abgare, rey de Edesa, y la tradición de su correspondencia con Nuestro Señor Jesucristo.



los plátanos del antiguo Armavir; si en derredor del altar algunos sacerdotes de la tribu escuchaban los estremecimientos de las hojas, intentando sacar de aquí favorables pronósticos, no eran más que una pobre degradación del culto primitivo; los pueblos antiguos hubieran sido muy felices con no tener que deplorar tan criminales errores.

Pero el orgullo de la dominación, consecuencia inevitable de su absoluto poder, no tardó en sacar de los límites trazados por los dos ríos á los valientes jóvenes del cazador Nemrod.

La guerra partió de Babel, y la corrupción de Nino y de Semiramis descendió en pos de sus conquistas.

Por espacio de diez siglos permanecieron los hijos de Haig bajo el yugo de la Caldea; y ¿quién podrá decir ni narrar los progresos que alcanzaron en aquel período de degradación y de mentira? Ya Semiramis había hecho compren-

der á los vencidos que era necesario adorar á los dioses que habían curado las llagas de Ara. Los arameos de Babilonia habían venido á secundar el celo de su reina. El *Belo* de los cielos y el ejército de los astros, recibieron culto de las cobardes razas conquistadas.

La nueva ciudad consolidó á la vez la dominación política y la influencia religiosa de la Asiria, é hizo lucir un foco permanente de idolatría y de mentira.

Reducidos los monarcas de Babilonia á ejercer el papel de sátrapas, los príncipes de la Armenia debieron tomar por modelos á sus maestros. No tardó el rey en tener sus templos, sus dioses, sus sacerdotes y sus adivinos; y si alguna vez la tradición antigua pudo librarse, por especial favor de la Providencia, del contagio universal, no fué más que en los desiertos valles y en las provincias donde por sus distancias logró estar al abrigo del contagio asirio.